

III

CONMEMORACION EN ESPAÑA DEL 1.500 ANIVERSARIO DE LA CAIDA DE ROMA EN EL 476

I. En 1976 se cumplieron 1.500 años de la deposición del último emperador romano, Rómulo Augústulo, y con tal motivo se multiplicaron en todo el mundo iniciativas dirigidas a conmemorar tal aniversario. En nuestra época, no podía pasar inadvertido este acontecimiento por las inmediatas reflexiones que plantea al hombre actual la agonía de una civilización, pues, como afirma Mazzarino¹, «La crisis de la humanidad romana ha aparecido siempre como el metro para entender la historia del mundo, cuando las formas antiguas dan el cambio a las nuevas. Y, en verdad, la idea de decadencia alcanza, con la consideración de la crisis del mundo (y precisamente del mundo romano), un contenido ideal eterno». La coincidencia de la celebración de los 200 años de independencia de los Estados Unidos de América, y, parejamente, de la aparición en 1776 de la discutida obra de Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* ha producido un aporte extraordinario a la hoy abundante bibliografía sobre el Bajo Imperio y la caída de Roma.

Son muchos los interrogantes que la investigación trata de resolver, en relación con el debatido tema del fin del mundo antiguo y sus causas. Se han formulado distintas teorías para explicar el porqué de la decadencia de Roma, tema éste que ha venido preocupando a los autores desde antes del 476, pues ya Polibio menciona dos causas, que posteriormente serán paradigmáticas, para la interpretación de la caída del Imperio Romano: la causa «interna», que Polibio aplica a la estructura constitucional del Imperio, y la causa «exterior» que Polibio refiere a la barbarización del mundo greco-romano. Como decimos, los distintos autores se mueven en torno a estos dos polos, acentuando la importancia de uno u otro. Así, ya Cicerón atribuye la decadencia contemporánea de Roma a la crisis de las costumbres y a la falta de hombres verdaderamente grandes (*vinorum penuria*). Para Salustio, la decadencia moral de Roma se debe a la desaparición de la antigua *virtus* y la apari-

1. MAZZARINO, *El fin del mundo antiguo* (trad. esp. México, 1961) p. 4.

ción de la *luxuria*; esa sería, en realidad, la causa de la decadencia política de Roma. Precisamente la fórmula *inclinata res publica*, en el sentido de la decadencia declive, aparece usada por primera vez en esta época, con Cicerón y Salustio, y será ya una expresión técnica, para explicar la situación del Imperio Romano en los últimos siglos de su existencia, en boca de todos los estudiosos que han tratado este tema. En este aspecto, la importancia de Gibbon es notable, pues su *Decline and Fall* constituye una obra clásica cuyo valor, para asegurar la pervivencia de la idea de decadencia, es innegable.

Entre los historiadores modernos se advierte, en términos generales, la tendencia a atribuir la crisis del Imperio Romano a las causas «internas», sobre todo en los posteriores a la primera Guerra Mundial, como Rostovzev y el filósofo Spengler; en cambio, después de la segunda Guerra Mundial se da mayor importancia a las causas «externas»; así entre otros, Piganiol² por último, figuran los partidarios de una solución intermedia, que valoran tanto los aspectos «internos» como los «externos», pues los consideran inseparables, así, Mazzarino³ y, en general, los historiadores británicos a partir de Gibbon.

Nuestro país no podía dejar de sumarse a la conmemoración de este 1.500 aniversario y, si bien la efemérides de la caída de Roma ha pasado casi olvidada en España, hay que destacar algunos trabajos —creemos que los únicos— que se han publicado con tal ocasión. Pasamos ahora a comentar sumariamente cada uno de ellos⁴.

II. La primera noticia de este acontecimiento la dio el romanista Burillo en el discurso leído con ocasión de la apertura del curso académico 1976-1977 de la Universidad de Murcia⁵. Es un estudio corto, pero muy interesante cuyo contenido vamos a comentar a continuación.

Burillo sigue la sucesión de acontecimientos que determinaron el fin de Roma, a través del capítulo 36 de la obra de Gibbon, *The Decline and Fall*: después de la renuncia de la dignidad imperial del general romano Orestes en favor de su hijo Rómulo, las tropas mercenarias que le habían proclamado emperador, en lugar

2. PIGANIOU, *L'empire chrétien* (Paris, 1947) p. 421 s., quien ha hecho célebre la frase: «La civilisation romaine n'est pas morte de sa belle mort. Elle a été assassinée».

3. MAZZARINO, *op. cit.* p. 206 s., que ha dedicado brillantes páginas al estudio de este fenómeno, y tiene el mérito especial de destacar la importancia del factor económico en la crisis del mundo antiguo; vid. *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardo romana* (Roma, 1951), y la recensión de DE FRANCISCI, en *IURA* 1953 p. 250 ss.

4. Esta noticia no pretende ser exhaustiva y, desde luego, excluimos de nuestra consideración aquellas reseñas publicadas en periódicos o revistas no especializadas.

de Julio Nepote, le exigen la entrega de un tercio de las tierras de Italia, y, ante la negativa de Orestes, las tropas se sublevan al mando de Odoacro; este bárbaro aliado de Roma, vence a Orestes en Pavía y le mata en las cercanías de Piacenza el 28 de agosto del 476. Las tropas proclaman *rex* a Odoacro, y éste confina al joven emperador Rómulo Augústulo a una hermosa villa de Campania. Este acontecimiento no supuso un cambio más en la sucesión de emperadores que, desde el 455, habían ocupado la sede imperial; Odoacro no fue emperador de Occidente sino rey de los bárbaros (*rex gentium*) y patricio del emperador de Oriente, Zenón. De este modo, la parte occidental quedó fraccionada en los reinos romano-bárbaros que habían ido formándose: suevos, visigodos, burgundios, alemanes, francos en la prefectura de las Galias, vándalos, ostrogodos... En el 493 Teodorico, tras matar a Odoacro en Rávena, se proclama rey de Italia, pero la parte Oriental no le reconoció como tal hasta que en el 499 le envía las insignias de la dignidad regia. A partir de este momento, ya no hay historia de la parte Occidental del Imperio, sino la historia de los reinos romano-germánicos: visigodos, francos y vándalos fundamentalmente. Burillo, pues, se inserta dentro de la corriente de estudiosos que atribuyen una importancia capital al 476, y también en la que considera que los acontecimientos ocurridos en tal año, no pasaron inadvertidos para algunos contemporáneos⁶ así, el *comes* Marcelino en su Crónica, escrita en el 519, señala la deposición de Rómulo Augústulo (...*cum hoc Augustulo perit*), igualmente Jordanes⁷. A partir de esta fecha, con silencios⁸ y alusiones a estos acontecimientos, se llega al 775 en el que Paulo Diácono declara que el 476 supone una ruptura total con todo lo anterior. Como decimos, Burillo, señala que esta ruptura no fue advertida por todos los contemporáneos, pero sí existía, en cambio, una conciencia bastante generalizada de crisis, como se advierte en las obras de Amiano Marcelino, S. Ambrosio, Claudiano, Rutilio Namaciano.

5. BURILLO, *La caída de Roma a los 1.500 años*, disc. inaugural, reproducido luego en *Rev. de Est. histórico-jurídicos. Univ. Cat. de Valparaíso* 1978 p. 27 ss.

6. Vid. en el mismo sentido, MAZZARINO, *L'impero romano* (Roma, 1973) p. 806 s. De otra opinión, MOMIGLIANO, *La caduta senza rumore di un Impero nel 476 d.C.*, en *Ann. della Scuola Normale di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia* (1973) p. 401.

7. Es interesante la hipótesis formulada por WES, *Das Ende des Kaisertums im westen des Römischen Reichs* (1967) p. 194, de que, probablemente, Marcelino y Jordanes tomaron la noticia de P. Aurelio Simaco, quien, con la intención de señalar la ilegitimidad del gobierno de Teodorico, atribuía importancia a la deposición de Rómulo Augústulo para así destacar la independencia de Occidente respecto a Oriente, en espera de que apareciera un sucesor del emperador depuesto.

8. Así el *Auctarium Havniense*, el *Anonymus Valensianus*, la *Vita S. Epiphani* de Enodio; también omiten toda referencia Zósimo y Procopio.

Es, desde luego, difícil dar un diagnóstico de la crisis del Imperio, y Burillo apunta, además de las que tradicionalmente vienen siendo consideradas por otros autores, la carencia de espíritu público que se manifiesta en la escasa resistencia ante las invasiones bárbaras, como el mismo Justiniano no dejaba de poner en evidencia (Nov. 30,12,2).

En definitiva, la falta de un diagnóstico exacto sobre las causas de la caída del Imperio, la misma trayectoria de los acontecimientos posteriores al 476, hacen asumir a Burillo las palabras de Ortega⁹: «La verdad, la pura verdad es que el Imperio Romano no ha desaparecido nunca del mundo occidental. Durante ciertas épocas quedaba latente, subálveo, como embebido bajo las glebas de las múltiples naciones europeas, pero al cabo de algún tiempo rebrotaba siempre el intento del Imperio».

En febrero de 1977, se pronunciaron en la Fundación Pastor cuatro conferencias destinadas también a conmemorar el aniversario que nos ocupa, y que se recogen íntegras en un volumen recientemente aparecido¹⁰. Las conferencias son de gran interés y tocan aspectos muy distintos en relación con el fin del mundo antiguo. El profesor Fernández-Galiano abre el volumen con un corto artículo, a modo de introducción: *El 476 y nosotros*¹¹. Sin entrar a fondo en el tema, Fernández-Galiano considera discutible la idea de Gibbon de prolongar la existencia del Imperio hasta 1453, con la invasión islámica en Bizancio; asimismo muestra su escepticismo ante la explicación que da el mismo Gibbon de la caída de Roma como consecuencia de su excesiva grandeza («the decline of Rome was the natural and inevitable effect of inmoderate greatness...»), que resulta para Fernández-Galiano «demasiado elemental». La causa del fin de Roma se resume, para Fernández-Galiano, en «vejez», es decir cansancio y amaneramiento; de ahí que, en cierto modo, comparta la idea gibboniana de que los bárbaros eran «necesarios», como señalaba también Rómulo, el personaje central de la obra de Friedrich Dürrenmatt, *Romulus der Grosse*.

En definitiva, para Fernández-Galiano, en la actual situación de crisis mundial, si no se puede apelar a unos «nuevos bárbaros», sí existe un remedio para renovar este mundo salvable aún: el retorno al hombre interior.

La primera de las conferencias recogidas en este volumen es la de Javier Arce: *Fin del mundo antiguo e historiografía britá-*

9. ORTEGA Y GASSET, *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee* (1948-49) en *Ob. Comp.* 9, 2.ª ed. (1965) p. 72.

10. *La caída del Imperio Romano de Occidente. Cuadernos de la Fundación Pastor* n. 24 (Madrid, 1980).

11. Vid. *op. cit.* p. 11-23.

nica¹², y trata en ella de los historiadores británicos, de Gibbon en adelante.

La influencia de Gibbon en Inglaterra ha sido enorme, y desde él, es casi un lugar común, en aquel país, el afirmar que en el 476 no cayó ningún Imperio, sino que continuó hasta 1453; indudablemente este optimismo gibboniano es una contribución peculiar, junto con la conciliación del método histórico y filosófico, la iniciación de una corriente de estudios bizantinistas, y destaca la importancia de la época constantiniana. Junto con Momigliano, Arce piensa que la insistencia de Gibbon acerca de la importancia del Cristianismo como factor decisivo de la caída de Roma, tiene su parte cierta, pues, verdaderamente, el Cristianismo al chocar frontalmente con el mundo pagano abrió una «nueva comunidad de los hombres para los hombres»¹³.

Herederos de la obra de Gibbon son Bury, Baynes y Jones; a juicio de Arce la interpretación de Jones acerca de la caída de Roma es la más completa y convincente, y, a su modo de ver, es común a toda la historiografía británica el sentido crítico, el afán clarificador y la exposición viva de los problemas. Entre los historiadores más modernos figura F. W. Walbank. Su singularidad consiste en afirmar que la esclavitud fue la causa de la caída, ya que impidió crear una nueva tecnología, con lo que viene a coincidir con la opinión de nuestro Ortega y Gasset, quien decía que el mundo romano no supo hallar formas nuevas para problemas nuevos.

La segunda conferencia es de Juan José Sayas: *La conciencia de la decadencia y caída del Imperio por parte de los romanos*¹⁴, tema arduo que el profesor Sayas resuelve con indudable habilidad. Sayas se sitúa dentro del grupo de autores que piensan que los acontecimientos del 476 pasaron prácticamente inadvertidos para los contemporáneos, y, por eso, los testimonios del *comes* Marcelino, Jordanes y Símaco no le parecen concluyentes. Sí destaca, sin embargo, que en los siglos IV y V existía una conciencia de crisis del Imperio bastante generalizada, que, casi podríamos decir, era antigua y general, pues ya Cicerón, Salustio, Dión Casio se refieren a la decadencia de la *res publica*. Los cristianos tuvieron una temprana conciencia de crisis, sin duda favorecida por los libros proféticos de Daniel y el Apocalipsis de S. Juan. Los paganos, para paliar de algún modo dicha conciencia, se aferran al tópico de la *aeternitas Romae*, así Amiano Marcelino y Rutilio Namaciano. Tanto paganos como cristianos intuyen el peligro que

12. Vid. *op. cit.* p. 27-40.

13. Vid. MOMIGLIANO, *Edward Gibbon fuori e dentro de la cultura italiana*, en *St. Romani* p. 11 s., es interesante la valoración que hace este autor de la actitud de Gibbon frente al Cristianismo.

14. Vid. *op. cit.* p. 43-65.

representa la presión bárbara, pero, como hace notar Sinesio de Cirene, la reacción general es de apatía. Gibbon y otros han atribuido esta reacción a la predicación cristiana sobre la resignación, pero, como afirma Sayas, no puede considerarse éste un factor determinante del fin del mundo antiguo.

La tercera conferencia es de José María Blázquez: *La Hispania del 476*¹⁵, un tema particularmente interesante, en el que el profesor Blázquez afirma que el 476 puede considerarse como fecha simbólica de la independencia de los visigodos respecto del Imperio, pues Eurico no podía tener una conciencia muy clara de la caída de Roma, sino que para él la desaparición de Roma era, ante todo, la desaparición del prefecto de Arlés, de ahí la importancia de la promulgación del Código de Eurico el mismo año 476¹⁶. Asimismo, el 476 significa la incorporación de gran parte de la Península al reino de Tolosa, de ahí que la deposición del último emperador romano quedara absorbida en Hispania por los acontecimientos locales. Esta fecha estuvo precedida por distintos enfrentamientos entre suevos, visigodos e hispanorromanos, que condujeron al definitivo asentamiento de los visigodos en Castilla hacia el año 462.

La última conferencia es de Luis A. García Moreno, *El 476 visto por los germanos*¹⁷; la dificultad principal de este tema radica en la ausencia de una literatura propiamente escrita entre los germanos, lo cual no permite contar con una historiografía germánica; de otra parte, la literatura épica no refleja en absoluto los acontecimientos de Italia, pues el elemento germánico es el aglutinante principal frente a las posibles expansiones futuras de la parte Oriental del Imperio. Según García Moreno, las nuevas historias nacionales, o de estirpes germánicas, son la fuente más segura para constatar la importancia para los germanos del 476; así, las obras de Jordanes, S. Isidoro y S. Gregorio de Tours. Este último, ni siquiera menciona el 476, pues pretendió legitimar el dominio franco sobre toda la Galia en oposición a sus vecinos, sobre todo los visigodos de la Narbonense. S. Isidoro es el defensor de la monarquía gótica en tierras de Toledo, frente a las apetencias de los reinos vecinos, fundamentalmente de Bizancio y los reinos merovingios; es fácil deducir que, en este contexto, la deposición de Rómulo Augústulo era irrelevante. Para Jordanes, a pesar de que, como hemos dicho, menciona la deposición del emperador, lo más relevante no era la ruptura definitiva con la situación anterior, sino que este acontecimiento posibilitó el go-

15. Vid. *op. cit.* p. 69-81.

16. Acerca de la datación de esta fuente de Derecho romano vulgar, vid. D'ORS, *Estudios visigóticos II. El Código de Eurico* (Madrid, 1960), p. 4 s.

17. Vid. *op. cit.* p. 85-101.

bierno gótico sobre Italia y Roma. En definitiva, puede afirmarse que el 476 pasó bastante inadvertido entre los germanos, a pesar de ser ellos los más directamente beneficiados por la caída de Roma.

III. Antes de poner fin a esta nota, no queremos dejar de hacer algunas observaciones. Coincidimos con el profesor Arce en lamentar que la aportación española en esta ocasión, si bien de interés, haya sido proporcionalmente escasa en relación con la de otros países; lo cual no resulta extraño por cuanto nuestra entrada en el campo de los estudios sobre Historia Antigua es aún reciente.

En nuestra opinión, el escaso eco de la obra de Gibbon en nuestro país puede ser un factor digno de tenerse en cuenta, pues, como dice Momigliano¹⁸ refiriéndose a Italia: «In tuto il resto dell'Europa si discute di caduta dell'Impero e di Bisanzio perché si legge Gibbon...», cabe deducir que en España, lo mismo que en la Italia del siglo pasado, como no se lee a Gibbon, no se discute sobre la decadencia y caída del Imperio.

Para terminar, digamos que se echan en falta, en España, estudios relacionados con los siglos IV y V, por ello son particularmente de agradecer iniciativas destinadas a fomentarlos como la que, en esta ocasión, ha tomado la Fundación Pastor.

TERESA GIMÉMEZ-CANDELA

18. MOMIGLIANO, en *St. Romani* 1976 p. 19.